

Ursula Reutner / Elmar Schafroth
(eds./cur./éds.)

Political Correctness

Aspectos políticos, sociales, literarios
y mediáticos de la censura lingüística

Aspetti politici, sociali, letterari
e mediatici della censura linguistica

Aspects politiques, sociaux, littéraires
et médiatiques de la censure linguistique



PETER LANG
EDITION

Descamando un camaleón conceptual: un análisis del empleo del término *políticamente* *(in)correcto* en el diario español *El País*

Ursula Reutner

1 Introducción

Lo «políticamente (in)correcto» está en boca de todos. Lo que por ello se entiende, cambia, no obstante, de una sociedad o otra, de un grupo a otro, de una época a otra. El término se asemeja a un camaleón que se adapta a diferentes situaciones y contextos. Tan pronto creemos haberlo analizado y definido, cuando ya ha adoptado, en algún otro lugar, un significado aparentemente diferente.

Tal término se revela particularmente idóneo para un estudio diacrónico e intercultural. Lo políticamente correcto puede servir como indicador de los tabúes vigentes de una sociedad en un determinado momento y revelar diferencias entre culturas disímiles. Por ello, no es de extrañar que usos típicos del concepto en Alemania estén relacionados con el pasado Nazi y con la herencia de la República Democrática Alemana,¹ mientras que en España se haga referencia en su empleo, por ejemplo, al trato «políticamente correcto» de las comunidades autónomas.²

¹ Véase, por ejemplo, los artículos en Steiner (1997) o el libro recientemente editado por Hölscher (2008), que incluye bajo lo políticamente correcto la crítica al discurso nacionalsocialista en la joven República Federal de Alemania, así como el debate sobre la interpretación del Nazismo conocido como «Historikerstreit» (disputa de los historiadores, 1986/87) o la discusión del caso Hohmann (2003).

² Véase, por ejemplo, Chamizo Domínguez que habla del «[...] hecho de que el poder real de los nacionalistas se puede medir con mucha fiabilidad en relación a cómo han conseguido imponer en los medios de comunicación las formas que

En este artículo, nos preguntaremos si podemos establecer un significado claro y vigente del término, por lo menos en la España del 2010. Para ello, nos concentraremos en el uso reciente que se le da en el diario *El País*. Como si de una cebolla se tratase, nuestra intención es pelarlo para ver si podemos identificar un núcleo central en su significado que abarque las diferentes formas de implementación investigadas.

2 El nacimiento del concepto en los Estados Unidos

Primero nos adentraremos en la génesis del término en Estados Unidos y su recepción en Europa, ya que ambos determinan significativamente el empleo del concepto en la lengua española contemporánea.

2.1 Primeros rasgos

En calidad de fórmula que marca fuertemente el discurso público, el concepto de lo *politically correct* aparece a finales de 1980 y comienzos de 1990 en los Estados Unidos. Sin embargo, el movimiento en sí mismo es más antiguo. Como primera aparición conocida del término se cita usualmente el año 1793, en el cual la Corte Suprema norteamericana califica como *politically incorrect* la utilización de *The United States* en lugar de *The People of the United States*. Aparece entonces en un artículo sobre el sufragio femenino del periódico británico *The Times* del 21 de noviembre de 1911, en el cual *politically correct* no se refiere a la reivindicación del mismo, sino a la firmeza con la cual un opositor despliega una actitud anticuada: «In acting on his conviction he is beyond reproach, consistent, fair, civil, personally pleasant under difficult circumstances and politically correct to the last degree» (véase in Rees 1994, vii). En ambos casos la conexión lexicográfica aún no representa una unidad conceptual. Fue formada para un contexto específico, el cual determina su significado.

ciertos topónimos tienen en gallego, vasco o catalán» (2008: 44), o Martín Ruano que enfatiza que «[...] no es lo mismo, evidentemente, hablar de «las Vascongadas», del «País Vasco», de «Euskadi» o de «Euskal Herria»» (2001: 445; casi idéntico en Galiñanes Gallén 2009: 125).

2.2 Empleo dentro de los movimientos renovadores

Un paso importante en el desarrollo del término se realiza con el empleo por parte de la izquierda norteamericana, cuyos representantes lo utilizan desde el comienzo del siglo XX en el sentido de «correspondiente a la línea partidaria oficial». Esto sucede primero bajo la influencia marxista-leninista, y se refuerza en los años 1960 a través de la recepción americana de los escritos de Mao-Tsetung que distinguen a menudo entre *correct* y *incorrect ideas*.³ El término se encuentra ahora en el vocabulario de los *Civil Rights Movements*, que luchan por la igualdad de raza y de género. En 1970, Toni Cade explica: «Racism and chauvinism are anti-people. And a man cannot be politically correct and a chauvinist too» (citado según Perry 1992: 73). *Politically correct* adquiere el significado de «comportarse consideradamente frente a las minorías cualitativas»,⁴ y sigue siendo valorado como positivo-neutral.

Por supuesto, el discurso sobre un comportamiento correcto o incorrecto despierta también oposición. ¿Quién quisiera ver limitada su individualidad por normas externas? En consecuencia, ya predominan dentro de la izquierda empleos irónicos y autocríticos. Weir (1995) proporciona numerosos ejemplos de feministas de la época que relacionan la expresión con inflexibilidad, falta de humor o conducta dogmática dentro del feminismo mismo.

2.3 Propagación en los medios de comunicación de masas

En los años ochenta, algunos periodistas retoman el término *políticamente correcto*. Ya no es solamente objeto de discusiones internas de la izquierda política, sino que sirve también para criticar a los países socialistas o comunistas y los movimientos renovadores de los Estados Unidos. El

³ Las ideas marxistas-leninistas como origen las explican, por ejemplo, D'Souza (1991: XIV), Berman (1992a: 5), y Allen (1995: 110s.), la importancia del maoísmo la presenta Perry (1992: 72). Véase también el resumido en Mayer (2002: 149-155).

⁴ La condición de minoría de una *minoría cualitativa* resulta de su bajo poder político y económico y, con ello, su limitada influencia social. Mientras que las minorías cuantitativas son numéricamente inferiores, las minorías cualitativas pueden también constituir la mayoría cuantitativa. Ejemplos de minorías que vivían estas situaciones poco democráticas son las mujeres alemanas después de la segunda guerra mundial, las personas de color en las Antillas francesas durante la esclavitud (cf. Reutner 2005), los canadienses franceses de Quebec antes de la Revolución Tranquila (cf. Reutner 2009a) o los flamencos en la Bélgica del siglo XIX (cf. Reutner 2009b).

alcance de la denominación se determina cada vez más por la derecha, quien lo usa para criticar la política progresista.⁵ El término hace referencia al tema de las minorías cualitativas y se asocia usualmente y negativamente con conformismo, falta de humor, aburrimiento, y ego-latría.

La popularidad actual del concepto se debe a su empleo en los debates sobre las reformas universitarias para contrarrestar la discriminación. En cuanto a la realidad extralingüística, las reformas comprendían una adaptación de los currículos, acusados estos de concentrarse en «dead, white European males» (Europeos blancos y muertos como Dante y Shakespeare) sin dedicar la suficiente consideración hacia la gente de color, los indígenas o las mujeres. Además, eran implementadas cuotas de admisión para estimular la inscripción de representantes de minorías. En cuanto a la realidad lingüística, se promulgaban códigos de habla (*speech codes*) que prohibían el lenguaje discriminatorio.

En 1990, las reformas universitarias ya no son novedad, pero sólo entonces se genera un debate nacional, en el cual tanto los opositores como los partidarios de las nuevas reglas universitarias utilizan la expresión en relación a ellas.⁶ Además de la frase adverbial *politically correct*, que se limita al comportamiento de personas o grupos, aparece la frase nominal *political correctness*, que pone de relieve la existencia de un fenómeno en sí mismo (Cameron 1994: 20). A partir del debate universitario, la expresión se transfiere a toda clase de fenómenos sociales que tienen similitudes con éste: reglamentaciones de cuotas de cualquier tipo, la consideración de las minorías en el arte y el comportamiento socialmente aceptado en general. Pronto se utiliza el término de manera inflacionaria y se lo instala en los más variados contextos del lenguaje cotidiano. A

⁵ Véase Lakoff: «Every aspect of the discourse –its tone, its terms, its targets– was defined by the right, leaving the left the capacity only to react, if even that» (2000: 92) o Epstein: «I hesitate to take the term *political correctness* out of quotation marks because I have never heard it used on the Left except in a joking way» (1992: 148).

⁶ Como disparador del debate se cita a menudo (véase, por ejemplo, Berman 1992: 1 y Weir 1995: 60) el artículo de Richard Bernstein «The Rising Hegemony of the Politically Correct», que apareció en *The New York Times* en el año 1990 y en el que el término fue asociado por primera vez a las reformas universitarias. En su best-seller, anti-políticamente correcto, del año 1991, D'Souza prosigue con este uso. Surgen numerosas antologías sobre el tema: de especial importancia son las contribuciones a las colecciones de Berman (1992), Aufderheide (1992), y Dunant (1994), que Erdl comenta críticamente (2004: 75–89). Cf. también la contestación de Feldstein (1997) a los argumentos derechistas en el debate sobre las reformas.

veces aparece ridiculizado, como por ejemplo, cuando se comenta irónicamente la preferencia de personas perjudicadas socialmente y una supuesta tendencia de su parte por adquirir un estatus de víctima.⁷

Los corresponsales extranjeros ahora lo traen a Europa, donde se lo recibe bajo esta amplia gama de significados. Un ejemplo de su extensión semántica en el área hispanohablante es un libro titulado *Políticamente correcto* que nombra expresiones de todas las áreas eufemísticas que conoce el español (Martínez Márquez 1997). El concepto encaja tanto en las reivindicaciones de las minorías propias, como en su abuso por ciertos centros de poder. Grijelmo sostiene que, al producirse por la base, el movimiento muestra «que vivimos en una sociedad más tolerante y solidaria», pero lo estima negativo «si se impone desde las cúpulas [...] Porque las cúpulas intervienen en el lenguaje sólo en provecho propio» (2006: 274). Que efectivamente se habría convertido desde «un movimiento que iba de abajo a arriba» en un movimiento inverso, lo piensa Galiñanes Gallén (2005: 126) y lo interpreta de particularidad española (ib.: 129).

3 Lo políticamente correcto en España

3.1 Incorporación del término en la lexicografía

Dejamos de lado, por un momento, la valoración del fenómeno para constatar que algunos diccionarios castellanos ya registran la expresión, lo que es un buen índice de su valor fuertemente consolidado en el

⁷ Véase entre otros Hughes (1993) con el sugerente título *Culture of Complaint* (*La cultura de la queja*, 1994) o la reformulación políticamente correcta de cuentos de hadas tradicionales en los *Politically correct bedtime stories* de James Finn Garner, donde los enanos se transforman en *hombres verticalmente limitados* (1995: 91), los ciegos en *visualmente incapacitados* (1995: 122), las prostitutas en *trabajadoras del sexo* (1996: 108) o la pobreza en una *situación de desventaja económica* (1995: 37). Véase también las colecciones sobre el tema como, por ejemplo, de Beard/Cerf (1994), quienes, con intención irónica, mencionan *alphabetism* (*alfabetismo*) «preferencia por las personas, cuyos nombres comienzan con las letras que se encuentran primero en el alfabeto», *sinistromanualism* (*sinistromanualismo*) «discriminación del zurdaje», *successism* (*successismo*) «preferencia de los exitosos». Podemos añadir la tendencia de acumular, con intención irónica, la mayor cantidad de sintagmas posibles con *challenged* (por ejemplo, *temporally challenged* «crónicamente muy tarde»), con *inconvenienced* (*terminally inconvenienced* «dead») o de formular expresiones de connotación positiva con la palabra *different* (por ejemplo, *cosmetically different* «feo»).

discurso actual. Para acercarnos a las dimensiones de su aplicación, observemos primero estas entradas. La definición del *DUEAE* explica que se trata de minimizar la ofensa de minorías sexuales, raciales, políticas o religiosas. Con un «etc.» y el sintagma «todos los grupos humanos» se señala un empleo amplio, mientras que los ejemplos evidencian los temas clásicos del sexismo y del racismo y se limitan al aspecto lingüístico con «expresiones políticamente correctas» o «palabras con connotaciones sexistas o racistas».

políticamente correcto [persona, comportamiento, lenguaje] Que tiene en cuenta los valores de todos los grupos humanos y evita cualquier posible discriminación u ofensa hacia ellos por motivos de sexo, raza, ideología política, religión, etc.: *expresiones políticamente correctas; no se considera políticamente correcto emplear palabras con connotaciones sexistas o racistas (DUEAE, s.v. correcto).*

El *GDUE* relaciona lo políticamente correcto con actitudes o ideas que se corresponden a nuevas tendencias en la política y menciona el lenguaje no-sexista en los ejemplos.

políticamente correcto/incorrecto, se dice de aquello o aquellos que muestran o no actitudes e ideas afines a las corrientes renovadoras en la ideología de la sociedad contemporánea: *Una muestra de lenguaje políticamente correcto es decir <los estudiantes y las estudiantes>. Cuenta con el apoyo de los votantes políticamente correctos (GDUEA, s.v. políticamente).*

El *DUEA* distingue entre actitudes «socialmente aceptadas» y lenguaje «libr[e] de prejuicios». Los ejemplos se refieren de nuevo al sexismo y racismo. El último incluye esta vez también a los hebreos: se critica el término *judiada*, que –como el empleo de *judío* en el sentido de «avaro»– ya había sido criticado en Europa mucho tiempo antes de que el fenómeno de lo políticamente correcto haya alcanzado el viejo continente (cf. por ej. Reutner 2009c: 268).

políticamente correcto; 1 Referido a una persona o a sus actitudes, que cumplen una serie de normas socialmente aceptadas: *El machismo y el racismo no son actitudes políticamente correctas.* 2 Referido al lenguaje, que elimina significados ofensivos al sustituir ciertos términos por expresiones libres de prejuicios: *Un lenguaje políticamente correcto nunca usará el término <judiada> para referirse a acciones mal intencionadas (DUEA, s.v. correcto).*

En resumen, podemos constatar una cierta unanimidad en los ejemplos de los tres diccionarios, que citan temas clásicos como el obviar agravios étnicos y sexuales. En estas definiciones se tienen en cuenta varios sentidos del concepto, pero se diferencian sustancialmente en su determinación concreta: el *DUEAE* pone en relieve la tutela de minorías, el *DUEA* habla de «normas socialmente aceptadas» en general y el *GDUE* precisa «actitudes e ideas afines a las corrientes renovadoras», que pueden sin duda contrastar con aquellas aceptadas por la sociedad completa. Todos tienen en cuenta la aplicación del concepto al lenguaje.

3.2 Reglas básicas de la denominación políticamente correcta

Como fenómeno lingüístico, la corrección política no concierne solo al significado de un enunciado, sino también a su significante. Se trata aquí, sobre todo, de designar a los socialmente más débiles de manera no-discriminatoria (*social labeling*). A los centros de atención de los primeros debates, personas de color y mujeres, se suman, entretanto, otras minorías étnicas y minorías por su orientación sexual, por su religión, por su edad, por su discapacidad o por su estatus socialmente debilitado. Qué tipo de denominación se califica, respectivamente, como políticamente correcta, es a menudo difícil de convenir, especialmente como –según el énfasis puesto a la palabra– cada denominación pueda, en principio, resultar ofensiva. Algunas reglas básicas, no obstante, se pueden establecer: se trata de evitar denominaciones de connotación peyorativa (1), o impuestas amenamente (2), como también sustantivos adjetivados (3), denominaciones colectivas (4), y expresiones que confieren invisibilidad a ciertos grupos de personas (5). Observemos estos aspectos más detalladamente:

(1) El lenguaje políticamente correcto no conoce términos peyorativos o impregnados de connotación negativa para designar personas. Así, por ejemplo, el adjetivo *negro*, ya negativamente connotado en la Biblia, se reemplaza por *de color*, y *ciego* se sustituye por *invidente* o *discapacitado visual*, porque «estaba muy sobada y gastada, y usurpada para otros significados: ceguera moral, vicio, falta de comprensión» (Rodríguez Estrada 1990: 58). Del mismo modo, *vejez* posee –aparte de pocas excepciones (por ejemplo, en relación a bebidas alcohólicas o muebles)– una connotación negativa y se sustituye *viejos* por *tercera edad* o *años dorados*, y *pobres* por *económicamente débiles*. En cuanto a las denominaciones profesionales, el antiguo *carcelero* puede pasar, por ejemplo, a llamarse

funcionario de prisiones, el albañil a profesional de la construcción, el barrendero a agente sanitario y la criada a asistente doméstica.

(2) El uso políticamente correcto del lenguaje rechaza denominaciones impuestas desde fuera y prefiere aquellas propuestas por el grupo mismo –aunque no siempre son fáciles de determinar. La necesidad de renunciar a *maricón* o *invertido* es, por ejemplo, indiscutible, no así la elección de la palabra que lo sustituye. El término *homosexual* tiene, por un lado, un rasgo médico-clínico y es, a menudo, sustituido por *gay*. Por otro lado, aparece en textos legales, porque según Lázaro Carreter «ha parecido menos connotado que *gay*, más respetuoso» (2002: 194).

(3) En cuanto a la forma de las denominaciones políticamente correctas, se rechazan sustantivos derivados de adjetivos (por ejemplo *incapacitado*, *ciego*) y se los sustituyen por denominaciones a base de un sustantivo neutro, seguido por un atributo (*persona discapacitada*, *persona con discapacidad*, *persona ciega*). Así, por ejemplo, en lugar de *viejos* se prefiere *personas mayores*, *personas de edad*, *personas entradas en años*. De esta manera, el énfasis está puesto en las personas, no en su condición de minoría o incluso en el color de su piel como en el caso de la sustitución de *negro* por términos más específicos como *hombre subsahariano*, *hombre afroamericano* o *hombre de ascendencia africana*.

(4) La denominación políticamente correcta valora la individualidad personal y renuncia a denominaciones colectivas. No resume, por ejemplo, bajo un solo término diferentes tipos de incapacidades o grupos diferenciados de indígenas.

(5) Los términos políticamente correctos evitan la invisibilidad y la exclusión, como, por ejemplo, el masculino genérico que limita la visibilidad de las mujeres, o expresiones como *jubilado* o *pensionista* para personas mayores, que excluyen de manera denominativa los ancianos no jubilados o no-pensionistas.

3.3 El pro y el contra de un cambio de denominación

El lenguaje políticamente correcto ha sido y sigue siendo discutido de manera controvertida. Los defensores ponen en relieve que una denominación políticamente correcta influencia positivamente nuestra forma de pensar sobre el grupo social en cuestión. Los opositores lo ven como una limitación de nuestro pensamiento y de la libertad de expresión.⁸

⁸ Véase Carvajal Roche: «Pensar que otro mundo es posible significa situarnos en la órbita de lo políticamente incorrecto, del pensamiento desmitificador que proporciona las herramientas necesarias para resistirse al arrollador avance de lo

El punto principal de discordia es la pregunta sobre qué repercusiones tiene el lenguaje sobre nuestro modo de pensar. Como argumento a favor de que no existe impacto alguno se alegan espirales de sustitución, como por ejemplo *tullido* → *lisiado* → *inválido* → *minusválido* → *deficiente físico* → *discapacitado* → *persona con disfunción motora*.⁹ Estas pueden interpretarse en el sentido de que las connotaciones negativas de una expresión no desaparecen por el mero cambio del término, sino que se mantienen y también se adhieren a cualquier nuevo sustituto. Lo políticamente correcto, por lo tanto, se considera como una mera corrección superficial, que no cambia en nada los hechos reales y, en el peor de los casos, induciría a la inacción.

Contrariamente a esto, encontramos la creencia en la capacidad constructiva del lenguaje, que más allá de su capacidad descriptiva funciona a su vez como creador de realidades. Esta creencia puede acompañarse hasta de un pensamiento mítico que se muestra, por ejemplo, en proverbios como *hablando del rey de Roma, por la puerta asoma*. Una posición más moderada y moderna enfatiza el valor de un cambio de perspectiva (por ejemplo *país rico en recursos humanos*) o el de la sustitución de expresiones estáticas (*país subdesarrollado*) por términos dinámicos proactivos (*país surgente, país en vías de desarrollo*) que transmiten cierta esperanza y enfocan en la variabilidad de la situación.¹⁰

4 Análisis del empleo actual en *El País*

Después de haber esbozado el desarrollo del término en su país de origen y los cambios lingüísticos implicados, nos dedicaremos ahora a analizar su uso actual en el periódico español *El País*. Al incluir no sólo artículos

políticamente correcto, del pensamiento totalitario y totalizante que pretende erigirse en pensamiento único. *Políticamente incorrecto* es un intento más por difundir verdades silenciadas» (2004: tapa del libro). Varios autores parecen elegir este título en la convicción de subrayar con ello su reclamo a la verdad y la libertad de pensamiento (cf. al lado de Carvajal Roche también López Schlichting 2005, Alonso Barahona 2006, Bethell 2006, Mate 2006, Vilallonga 2006, Horner 2007).

⁹ Germann describe esta espiral de sustitución en el ejemplo de las denominaciones para las personas mayores a lo largo del siglo XX en la Suiza germano-hablante y verifica una evidente aceleración en la sustitución (2007: 294).

¹⁰ Para un análisis de los argumentos de los defensores y críticos de lo políticamente correcto cf. Cameron (1995), Schenz (1994: 41-95), Mayer (2002) y Reutner (2009c: 279-309), especialmente para el *social labeling* cf. Greil (1998). Para una clasificación de lo políticamente correcto en el campo del eufemismo, véase Reutner (2011).

de autores variados, sino también citas de protagonistas de diferentes grupos sociales, lo consideramos representativo de un empleo relativamente amplio en España. Hemos examinado todos los artículos del año 2010, en los cuales se lo emplea, 154 en total, y presentamos a continuación la variación temática, así como las valoraciones positivas y negativas.

4.1 Distribución y diversidad

Algunas declaraciones expresan directamente que lo políticamente correcto ha ganado terreno efectivamente en numerosos ámbitos semánticos. Podemos leer que el fenómeno «invade todas las esferas de lo público» (1) y no sólo encontramos citas que dan mayor importancia al movimiento en los Estados Unidos que en España (2), sino incluso lo contrario (3).

(1) [Jacques Marseille] Resultaba un tertuliano brillante al que gustaba empujar a sus interlocutores para avanzar en el debate y defender sus ideas. Ahora que lo políticamente correcto invade todas las esferas de lo público, Marseille era de los que no se callaba para alinearse en el resto («Jacques Marseille, economista liberal e historiador francés», *El País* 27/03/10).

(2) Aquí nos quejamos, pero la moda de lo políticamente correcto en América no conoce límites («Admiradores», *El País* 30/07/10).

(3) [...] una amiga americana [...], amante de España, me dijo que un conocido español le había comentado que en nuestro país corrían malos tiempos para la libertad de expresión, que la inundación de lo políticamente correcto estaba asfixiando el discurso público («La madre y el vídeo porno», *El País* 14/11/10).

4.1.1 Multiculturalismo y tutela de minorías

Del abanico de temas destaca el área tradicional del movimiento que comprende los derechos de las minorías. En el campo del multiculturalismo y de la inmigración se subraya sobre todo la necesaria visibilidad de minorías (4) que no deberían sumergirse a una «aldea global» (5), pero también se enfatiza el respeto frente a la «cultura de origen» (6), a los «inmigrantes» (7), y la necesidad de «integración y tolerancia» (8).

(4) El multicultural es también un discurso ligado al uso del lenguaje políticamente correcto –ese que da visibilidad y homologa públicamente a las minorías– que, frente al *melting pot* o crisol de culturas, favorece el mosaico de estas y en la práctica deviene, a veces, en la creación de guetos («¿Multiculturaliqué?», *El País* 24/10/10).

(5) [Vidal-Beneyto] había demostrado que lo de la aldea global no era un tópico progre para esnobs, sino una necesidad para la democratización del conocimiento. Entonces no le hicieron mucho caso y hoy casi todos, menos los que medran con lo políticamente correcto, le reconocen su innegable merito («En recuerdo de Vidal-Beneyto», *El País* 21/03/10).

(6) Los políticamente correctos hablan de la continuidad de la «cultura de origen» y los menos correctos son simplemente racistas («Problemas y soluciones», *El País* 27/01/10).

(7) Unos funcionarios tan PC [...] que simpatizan con los inmigrantes [...] («Polvos fugaces», *El País* 09/08/10).

(8) [La novela sobre la Barcelona de la crisis, *Tarde, mal y nunca*] Es todo menos políticamente correcta. Las palabras interculturalidad, integración y tolerancia no existen («Marlowe y compañía», *El País* 09/01/10).

Ser políticamente correcto implica tener una mirada poscolonial sobre «el otro» y un interés genuino en culturas ajenas (9). Desde una perspectiva actual, es incorrecto, sin duda, cuando Darwin describe a los fueguinos como «salvajes desnudos», «en un miserable estado de barbarie, mayor del que [...] había esperado que vería en un ser humano» (10).

(9) [...] se han convertido en evidentes una cuantas cosas: [...] se ha impuesto en el planeta del arte (y de la Academia) una consciencia «poscolonial» políticamente correcta que condiciona de manera decisiva, a veces fatigosa, todo acercamiento de Occidente al «otro», es decir, lo que no era, ni es, no será Occidente («Bedia, artista y antropólogo», *El País* 25/09/10).

(10) [...] ¿cómo fue la relación de Darwin con los fueguinos, los nativos de la Tierra del Fuego? Algunos autores defienden que no todo lo políticamente correcta que debería haber sido. La misma tripulación del *Beagle* notó que Darwin prestaba más atención a las rocas, los vegetales las playas o los animales que a los humanos («¿Era Darwin un racista?», *El País* 18/03/10).

Entre las minorías susceptibles de protección encontramos las minorías étnicas: el núcleo del fenómeno que en Estados Unidos lo forman las

personas de color (11, cf. también infra 19, 21), y además peculiaridades hispano-europeas como gitanos (12) y vascos (13).

(11) Desde que se impuso el lenguaje políticamente correcto está mal visto utilizar el color negro para sugerir algo negativo («Negro», *El País* 26/02/10).

(12) «En España ya no es políticamente correcto hablar contra los gitanos», precisa Humberto García [...]. *Roma* es la denominación políticamente correcta, la oficial en Rumania, la que usa la UE («Malditos hasta en su país», *El País* 05/09/10).

(13) Reconozco que no es políticamente correcto, pero he de reconocer, a fuer de ser sincero (propósito de año nuevo), que he comenzado el nuevo tiempo con una amplísima sonrisa en la boca [...]. Reconozco (ya ven que de momento sigo el propósito sincero del año nuevo) que «lo vasco», como «lo español» o «lo griego» es un concepto en sí mismo que siempre me ha dado mucho miedo. Temor, no, miedo («Miedo a «lo vasco»», *El País* 08/01/10).

Otro campo clásico de lo políticamente correcto es la igualdad de género (14, 15, cf. también infra 19, 23, 65), y así se comenta, de manera irónica, por ejemplo, la absolucón de hombres en los tribunales frente a una acusación de relación sexual sin mutuo acuerdo (16). Tras la valoración de la mujer, el objetivo de alcanzar la igualdad implica, sin embargo, igualmente la defensa de la «maltrecha figura del hombre» (17).

(14) No se trata simplemente de pasar de un modelo machista a ser un hombre políticamente correcto que limpia en casa, cuida del niño, la pareja lo alaba y la sociedad lo apoya («Cómo ser un nuevo modelo de hombre», *El País* 21/11/10).

(15) Ante el micrófono usa sin embargo el lenguaje institucional y políticamente correcto de los gestores públicos. Así que si leen «ciudadanos», «amigos» o «compañeros», sepan que dijo «ciudadanos y ciudadanas», «amigos y amigas», «compañeros y compañeras» («No soy un trofeo. ¿Guiño a la izquierda? Todos los guiños son cómplices», *El País* 21/11/10).

(16) Nada más lejos que frivolar en este tema, pero lo políticamente correcto en materia de sexo ha llegado a tal extremo que, como con ironía decía una fiscal, «esperemos que en el futuro las mujeres puedan seguir fingiendo sus orgasmos sin ser acusadas de falsedad» («Miss A, Miss W y el sexo por sorpresa», *El País* 20/12/10).

(17) De hecho, nunca se llegó tan lejos, en aras de «la igualdad», a rebajar el ser de los hombres. Hombres borrados del lenguaje a través de lo políticamente correcto, difamados en el sistema familiar, desacreditados en sus formas de amar, lacerados en las sentencias de divorcio, envilecidos en la violencia de género, descartados, en fin, como portadores de algún don significante que convenga al futuro («Los calzoncillos como pieza clave», *El País* 10/04/10).

A su vez se suman hoy minorías por su orientación sexual, particularmente homosexuales (18), que a menudo son mencionados junto con las minorías citadas anteriormente (19) y también –completamente alejado de lo políticamente correcto– con el sida (20) o con otros «asuntos espinosos» (21).

(18) [...] nunca nos enseñaron las causas de la homosexualidad porque no era políticamente correcto («Oraciones para dejar de ser gay», *El País* 20/06/10).

(19) [Anna Maria Maiolino] considera que defender lo femenino, «como el arte negro o los derechos de los homosexuales», por citar algunos de los mantras de lo políticamente correcto, no es otra cosa que insistir en la discriminación de estos colectivos («Escatología en la Tàpies», *El País* 14/10/10).

(20) Lady Gaga declara su odio a la verdad: «Ved hasta dónde se puede llegar soltando trolas», dice sin inmutarse, pero es lo bastante correcta políticamente como para actuar sin escándalos ante la reina de Inglaterra, y apoyar causas razonables y bien vistas como la lucha contra el sida y la defensa de los homosexuales («La última plusmarquista del éxito», *El País* 26/12/10).

(21) [...] se tratan [in *Mad men*] asuntos espinosos como el aborto, la homosexualidad y el lesbianismo, el divorcio, el racismo, la insatisfacción sexual o el alcoholismo, sin asomo de prédica o mensaje políticamente correcto («El pasado incorrecto», *El País* 08/09/10).

En el marco de lo políticamente correcto se concibe además la orientación religiosa (22). Puede ocurrir que el derecho a practicar libremente una religión minoritaria entre en contradicción con los derechos de la mujer. En estos casos, a veces se impone la igualdad de género (23), a veces el respeto a la religión (24).

(22) [...] nuestras autoridades municipales han decidido muy agnósticamente desear felices fiestas y no felices navidades. Ellos

sabrán por qué mezclan tradiciones con la cada vez más invasiva autocensura de lo políticamente correcto («Deseos contemporáneos», *El País* 13/01/10).

(23) [...] un territorio en el que pueden conjugar a la vez dos factores que suelen ser incompatibles: el juego xenófobo y lo políticamente correcto, la islamofobia y la defensa de la mujer («¡Viva el Partido de las Mujeres!», *El País* 24/06/10).

(24) [...] creyó que lo políticamente correcto, lo progresista, era silenciar el caso, templar gaitas, persuadir a la víctima para que retirase la denuncia, «evitar el conflicto» con la comunidad musulmana («Avión-Cunit, ida y vuelta», *El País* 12/02/10).

Otras minorías en el sentido de «socialmente menos influyentes» son ancianos, desempleados y trabajadores (25, 26), niños (27) y enfermos, quienes en nuestro tiempo –de forma irónica– ya no serían más *históricos*, sino que padecerían bajo un *síndrome neurocardiovascular* (28).

(25) Es significativo que en las últimas semanas el Gobierno haya variado de visión y esté escogiendo el discurso de los expertos frente al discurso político (políticamente correcto) para abordar asuntos tan centrales en la vida de los ciudadanos como la reforma de las pensiones, el mercado del trabajo o el plan de austeridad de las administraciones públicas, e inicie el tránsito hacia la creación de una coalición social de apoyo a estas iniciativas («La pensión de Bibiana Aído», *El País* 01/02/10).

(26) [...] el presidente de la CEOE ha traspasado la barrera de lo políticamente correcto para ir más allá y hacer público, sin subterfugios de ningún tipo, su deseo de reducir al mínimo los escasos derechos que asisten a la clase trabajadora («Tiempos difíciles», *El País* 25/01/10).

(27) Lo políticamente correcto ha llevado a muchos excesos, desde el insufrible «ciudadanos y ciudadanas» a un ingenuo buenismo al abordar asuntos tan complejos como la multiculturalidad. Pero si algo no era exagerado era la alarma por la pedofilia. Con eso cabían pocas bromas. Y ninguna fanfarronería («Testosterona Party», *El País* 04/11/10).

(28) Al poco tiempo yo tuve un achaque raro, llamado, ahora que somos políticamente correctos y no queremos acusar a nadie de histórico, síndrome neurocardiovascular y entonces síncope vaso vagal [sic] («Pena con pena», *El País* 26/01/10).

4.1.2 Protección del medio ambiente y consolidación regional

Otros testimonios documentan que el afán de la corrección política no se limita a minimizar la ofensa a minorías cualitativas. Actualmente se relaciona con dicho concepto también la protección del medio ambiente.

(29) [...] ahora ser ecológico es políticamente correcto («La hora de Isabel», *El País* 30/05/10).

(30) [...] impone un valor políticamente correcto a los detritos gracias a su virtual reciclado («La filosofía en el vertedero», *El País* 08/05/10).

Igualmente aparece en relación con proyectos de construcción controvertidos.

(31) «¿Cree que haría falta algún aeródromo más en la región?» que se contesta por sí misma, aunque Hernández era un poco más políticamente correcto («La guerra del AVE», *El País* 03/06/10).

En un artículo sobre el ya disuelto equipo de remo Lazarte-Michelin, la crítica a la compra de un equipo deportivo también está vista como políticamente incorrecta. Correcto, por el contrario, sería la promoción de equipos regionales de larga tradición (32), igual que «la implicación de cada hotel con la comunidad local». A la pregunta sobre si fuera solamente «una pose políticamente correcta» responde el dueño y creador de la cadena de hoteles Amanresorts: «Si fuera por quedar bien, no lo haríamos. Lo hacemos por sentido común» (33).

(32) Aunque no sea políticamente correcto decirlo, me dan ternura los equipos hechos, desde la nada, a base de talonario. Un equipo felizmente mercenario unido por el ansia de victoria, sin tradiciones a las que someterse, inmune a los chantajes emocionales («Looking for Lazarte (Michelin)», *El País* 26/08/10).

(33) Imponer un producto en una comunidad sin ser parte de ella es absurdo. Además de dar empleo Amanresorts no trae su *staff* de otros países, salvo *managers* u otros cargos relevantes atendemos necesidades. En Amanwana (Indonesia) estamos junto a una población con muchas carencias. Hemos construido una escuela, pero como los profesores no quieren quedarse en el pueblo, les estamos construyendo residencias (««Resorts» de locura», *El País* 25/04/10).

4.1.3 Crítica a las corridas, al pacifismo, buenismo y a otros asuntos

La clasificación de aspectos como políticamente correctos incluye además una posición antitaurina, que en los ejemplos se comenta de manera negativa (34, 35), en el nº 36 directamente como «mentira»:

(34) Siempre luché para que los informativos de televisión dieran noticias de toros. No es políticamente correcto declararse aficionado. No es justo que saquen sólo a 15 antitaurinos cuando José Tomás torea en Barcelona ante 15.000 personas («Todos queremos una fiesta más limpia», *El País* 07/03/10).

(35) Los detractores de la fiesta no aceptan esta actitud «políticamente correcta» que pretende «adornar la tortura indiscutible que sufren los toros y vaquillas en los festejos taurinos» (««Bous al carrer», entre la cultura y la tortura», *El País* 08/08/10).

(36) Después del festejo pestiño celebrado ayer en Las Ventas sólo cabe cerrar los ojos y esperar que sea lo que Dios quiera. O ser políticamente correcto y destacar la buena voluntad de los toreros con toros manejables, en una tarde fría en la que sólo el mal manejo de la espada impidió el triunfo de la terna. Pero eso sería mentira, aunque a muchos les parecería un buen análisis («¡Qué frío!», *El País* 29/03/10).

La crítica a las corridas nos conduce directamente al pacifismo en general (37). Siempre recurrente como asuntos políticamente incorrectos para la ficción cinematográfica y literaria son la guerra (38, 39), la tortura (40), la propia muerte (41) y la alegría sobre ella (42).

(37) En el apartado sobre «violencia y terror» se afirma que «el pacifismo es un sueño de tontos», que «la violencia es natural e indiscutible cuando uno es atacado» y que «el ataque es la mejor defensa» para acabar teorizando sobre la soledad del guerrero nacionalsocialista: «Nosotros no somos políticamente correcto ni personas buenas a los ojos de los demás [...]» («La población no nos amará por ser nazis; por lo menos, que nos teman», *El País* 27/05/10).

(38) «¿Políticamente correcto? No creo que lo seamos», responde Lee Unkrich. «No tenemos una lista de cosas sobre qué no contar. Tampoco descarto que algún día hagamos una película de guerra» («La vida animada de Pixar», *El País* 11/07/10).

(39) [Arturo Pérez-Reverte.] Los dos son cuentos muy políticamente incorrectos [...]. En el mío un niño habla de morir, de luchar, de guerra, de buenos y malos... («Como dos niños con libro nuevo», *El País* 30/04/10).

(40) Es una novela muy poco políticamente correcta. Muy incorrecta. Plantea temas como la tortura, el castigo y el premio y la impunidad («Arturo Pérez-Reverte muestra los lugares gaditanos en los que se desarrolla «El asedio»», *El País* 04/03/10).

(41) *En tierra hostil* no es políticamente correcta. Es una película de profesionales, hombres en peligro que se asoman al abismo de la muerte en tareas ininteligibles para el común de los mortales («Profesionales ante la muerte»», *El País* 09/03/10).

(42) A mí, saben, no será políticamente correcto pero me cae bien el archiduque muerto («El coche del fin del mundo»», *El País* 31/07/10).

El pacifismo se refleja también en un comportamiento discursivo que evita conflictos. Una manera pacífica de enunciar exigencias se caracteriza por una selección suave en las palabras (43), y una mitigada defensa de la propia posición (44).

(43) [...] su secretario general [...] dejó ver, aunque en términos políticamente correctos, que Luis Bárcenas [...] debería renunciar a su escaño en el Senado («El PP vasco marca mayores distancias con los implicados en el «caso Gürtel»», *El País* 10/04/10).

(44) Algunas cosas nos pasan porque hemos sido demasiado tibios. Hay que ser reivindicativo, no políticamente correcto («Los abogados tenemos que ser reivindicativos»», *El País* 23/08/10).

En algunas áreas ya se dejaba ver un buenismo, que el ejemplo nº 27 mencionaba directamente y el ejemplo nº 37 indirectamente a través de «personas buenas». El mundo no es visto objetivamente en todos sus matices, sino que más bien se divide en lo malo y lo bueno (cf. infra 98). En concordia con esta actitud claramente un tanto ingenua, encontramos la enumeración de asuntos como «la solidaridad, [...] el respeto al otro o la amistad» (45). Sin embargo, lo contrario no debería ser ignorado, sino que constituiría otro tema políticamente correcto del discurso (46).

(45) [...] temas relacionados con los valores que deben predominar en nuestra sociedad, como la solidaridad, el medio ambiente, el respeto al otro o la amistad («El cuento de las hadas y los hados»», *El País* 10/04/10).

(46) [referido a Guatemala] pocas veces al día escuchamos la palabra amor [...]. Como que lo aceptado socialmente y políticamente correcto es hablar del infierno en que vivimos; del desastre económico, de los muertos, de los descabezados, de los torturados, del narcotráfico, de la destrucción ecológica, de que el agua se acaba, de que el planeta se

calienta y de que no hay futuro para nuestros hijos («El paraíso de los canallas», *El País* 24/01/10).

4.1.4 Otros asuntos

A estas áreas se suman otras aún más lejanas de la intención original del movimiento. Son calificados como políticamente correcto el respeto hacia los divorciados y los alcohólicos (cf. supra 21), la prohibición del móvil en la conducción de autobuses escolares (47), el rechazo de la crítica de la formación profesional (48), y el consejo de que los alumnos deben estudiar (49).

(47) La mayoría [de los Estados de EE UU] sólo prohíbe el móvil a los conductores de autobuses escolares, en un ejemplo de pensamiento políticamente correcto («Si navegas, no conduzcas», *El País* 12/01/10).

(48) [...] el resultado final es discriminatorio para los bachilleres, «que pasan dos años preparándose para ir a la universidad». Y que, aunque no sea políticamente correcto decirlo, hundirán el nivel de sus carreras («La Universitat teme que la FP deje fuera a los bachilleres en ciertas carreras», *El País* 12/05/10).

(49) Decir que hay que estudiar todos los días es una respuesta políticamente correcta («Volver al colegio (con éxito)», *El País* 12/09/10).

4.2 Valoraciones positivas y negativas

En la sinopsis de la variación temática ya se manifestaban valoraciones diversas que enseguida estudiaremos en detalle.

4.2.1 Tolerancia y aceptación

Al empezar con las valoraciones positivas, salta a la vista que declaraciones directamente positivas y alabadoras son poco comunes. Únicamente un texto de Galicia habla explícitamente de un «avance da civilización».

(50) A linguaxe políticamente correcta, tan deostada por comentaristas superficiais, representa un avance da civilización («Falares que carga o demo», *El País* 05/03/10).

Más frecuentemente que elogios, encontramos en nuestro corpus posiciones de aceptación, sea activa o sea solo pasiva. En parte, lo políticamente correcto se refiere sencillamente a una norma de orientación, vigente en relación a lo social (cf. supra 20), sociolingüístico (cf. supra 15), o jurídico. La expresión aparece, por ejemplo, a la hora de decidir sobre lo acertado de la utilización de las tropas (51), y se observa con satisfacción que el discurso de la embajadora estadounidense no sobrepase las fronteras de lo políticamente correcto (52). Se trata de atender las expectativas sociales (53), de defender la opinión de los «partidos centristas» (54), de no provocar (55–57), de «apoyar causas razonables y bien vistas» (cf. supra 20), de hacer «las delicias de niños y grandes» (58). Ser políticamente correcto significa aquí mostrar una buena conducta, y así se les demanda a los futbolistas de la selección argentina que observen las normas vigentes, como «que no se coman las eses» (59).

(51) La discusión gira ahora en torno a si es políticamente correcto que las fuerzas del Ejército sigan asegurando la tranquilidad de Río o si sólo deben ser empleadas en caso de emergencia («El Ejército permanecerá en el Complejo do Alemão siete meses, hasta que se pueda garantizar el orden público», *El País* 29/11/10).

(52) El texto, que a pesar de su ironía nunca llega a traspasar las fronteras de lo políticamente correcto para no ofender a un miembro de la familia real británica, subraya la sorpresa de la embajadora estadounidense [...] («El duque de York equiparra [sic] la corrupción en Francia con la de Kirguizistán», *El País* 29/11/10).

(53) Deseos transgresores que no chocan tanto con lo políticamente correcto como con lo que cada cual se tolera a sí mismo («Deseos sin censura», *El País* 12/06/10).

(54) Antes era mucho más bestia, pero desde hace años, intenta mantenerse en ese mismo espacio políticamente correcto que los partidos centristas, que solían ser los más votados en los países ricos («Batiendo plusmarcas tontas», *El País* 20/11/10).

(55) No creo que seamos políticamente incorrectos, no tenemos vocación de provocar («Hacemos el humor que nos gusta, sin concesiones comerciales», *El País* 04/08/10).

(56) [Banksy] necesitaba expresar su visión de la sociedad de la única forma que sabía hacer: con un spray en la mano y ganas de revolución, de llamar la atención y provocar, a veces con humor y muchas otras con transgresiones de lo políticamente correcto. Viendo su obra se ve al autor, sea quien sea («Al acecho del escurridizo Banksy», *El País* 18/11/10).

(57) A continuación el discurso políticamente correcto dejó paso al San Francisco más irreverente. «El público de Madrid es el peor que existe [...]» («Sacando brillo al escenario», *El País* 20/08/10).

(58) Pienso [...] en lo que debería decir para no tener problemas, algo políticamente correcto y suavemente picante que haga las delicias de niños y grandes. Esto lleva más tiempo porque, diga lo que diga, molestará a alguien. Paso directamente a una especie de *mix* entre lo que pienso, lo que no molesta y algo estúpido [...] («Mi vida como payaso. Álex de la Iglesia por Álex de la Iglesia», *El País* 12/12/10).

(59) [a los futbolistas de la selección argentina] todo el mundo les exige: que hablen bien, que no se coman las eses, que sean políticamente correctos, que no hablen en contra del dogma ni religioso, ni social, ni político, y sobre todo, que no hagan trastabillar el privilegio de los privilegiados del sistema («Messi es un misterio», *El País* 10/06/10).

El comportamiento políticamente correcto no tiene que ser moralmente valioso. El término se refiere simplemente a una conducta mayoritariamente aceptada, como, por ejemplo, cuando se pregunta la razón por la cual la instauración de la cadena perpetua en España no sería políticamente correcta (60). Políticamente correcto es aquello que la opinión pública dominante considera como tal (61, 62), la opinión de una mayoría, no necesariamente relacionada con la sociedad en su conjunto, sino que pueda reinar dentro de un pequeño grupo, como el ateísmo en calidad de supuesto dogma de científicos (63). Este aspecto de la opinión mayoritaria contrasta con otros empleos de la expresión que descartan a lo políticamente correcto como fenómeno minoritario, lo que se expresa muy directamente en el ejemplo ya citado, que habla de «[...] casi todos, menos los que medran con lo políticamente correcto» (cf. supra 5).

(60) No es posible que en muchos países de Europa esté establecida la posibilidad de la cadena perpetua y aquí ni siquiera se contemple porque no se considere políticamente correcto («El PP pide reabrir el debate sobre la inmigración y la cadena perpetua», *El País* 25/01/10).

(61) Su opinión no se ajusta al discurso políticamente correcto, pero tampoco es una reflexión aislada («Tres pilares para la recuperación», *El País* 09/05/10).

(62) La visión de Reino Unido desde Roma es que la primacía de la democracia mayoritaria [...] y la sumisión anglicana a lo políticamente correcto han acabado reduciendo el todo a la nada y dejado mínimos la influencia de la religión en el país («Benedicto XVI lleva a Reino Unido su batalla contra el laicismo», *El País* 16/09/10).

(63) Lo que sí hay ahora son científicos, de prestigio, que no solo se declaran creyentes, sino que consideran que hacerlo es casi un acto de rebeldía ante lo políticamente correcto en ciencia (ser ateo) («Si lo dice un científico, va a misa», *El País* 05/09/10).

Una y otra vez se critica una exagerada orientación hacia lo políticamente correcto (64, cf. también supra, 27), que perjudicaría, por ejemplo, los derechos de la mujer (65, cf. también supra 19). Se ridiculiza que en Estados Unidos supuestamente un joven pueda ser denunciado por acoso sexual cuando le pide un beso a una niña (66), y se critica que haya personas controlando el lenguaje de otros como policías (67). Todo esto se refiere claramente a excesos, que no cuestionan en principio una forma moderada de lo políticamente correcto, pero sí conducen a nuestro próximo apartado sobre el empleo critico-negativo del término.

(64) [referido a *¡Manos quietas!* de Piti español] Sus respectivos asuntos (los excesos de lo políticamente correcto [...]) se prestaban (corrijo: exigían) sátiras feroces e inteligentes («¡Barato, barato, lo vendo barato!», *El País* 18/09/10).

(65) [...] veo a infinidad de mujeres desorientadas que no se atreven a considerarse feministas por miedo a que se mofen de ellas. Sin duda los excesos de lo políticamente correcto han contribuido a la confusión. Y así, tener que repetir a cada instante «todos y todas» o «ciudadanos y ciudadanas», por ejemplo, rompe los nervios y la salud mental del más templado. Pero eso no significa que no siga existiendo el sexismo, que, por cierto, también puede ser ejercido por mujeres. Resumiendo: decir «miembros y miembros» es una papanatez [sic]. Y decir «la señorita Trini» es de un machismo zafio e innegable («Existe», *El País* 12/10/10).

(66) [Arturo Pérez-Reverte.] Los dos son cuentos muy políticamente incorrectos. El de Mario es una historia en la que un niño quiere besar a una niña. ¡Por algo así en Estados Unidos lo meterían en la cárcel por acoso sexual! («Como dos niños con libro nuevo», *El País* 30/04/10).

(67) Los metomentodo [sic] serían los que viven como policías en perpetua alerta, vigilando al prójimo para ver qué dice. Son los defensores a ultranza de lo políticamente correcto («Vivimos en una perpetua adolescencia social», *El País* 06/03/10).

4.2.2 Crítica y rechazo

La concepción del comportamiento políticamente correcto como aquello que la sociedad exige, permite clasificarlo usualmente como pura «pose» para satisfacer las expectativas (cf. supra 33). Se critica una política mayoritariamente aceptada y políticamente correcta como política «sin rumbo» (68), temas políticamente correctos como «asépticos» (69). La corrección política está asociada con irrealidad (70, 71), con «decisiones pequeñito-burguesas» (72) y conectada con una «amabilidad amenazante» (73), que «despierta escepticismo» (74). Muchas veces se equipara el comportamiento políticamente correcto con inactividad: no se aborda un problema (71), se queda de brazos cruzados frente a la poligamia (75), y una ola políticamente correcta está contrastada con lo que un país en problemas realmente necesitaría (76). Lo políticamente correcto podría ser usado de forma abusiva para proteger delincuentes (77), y aún cuando esté relacionado con valores generalmente aceptados como los derechos humanos, no aparece como positivo, pero descalifica estos de universalismo inapropiado (78).

(68) [la reforma de Calderón en México] busca lo aceptable y lo políticamente correcto [...]. Es un proyecto sin rumbo que parece carecer de un diagnóstico correcto. Es una iniciativa que no refleja un plan, ni una visión, ni un proyecto («La reforma poética de Calderón», *El País* 26/01/10).

(69) [en relación a la película *En tierra hostil* de Kathryn Bigelow] tema, tan políticamente correcto que resulta aséptica («En el nombre de Irak con Bigelow», *El País* 30/01/10).

(70) Los hombres de Hornby son piltrafas [...]. Sus mujeres saben determinar sus objetivos y conseguirlos, aunque eso suponga alguna que otra trampa. Y todos ellos terminan pareciendo caricaturas, demasiado políticamente correctas para echar raíces en la realidad («Adoradores de un dios renuente», *El País* 30/10/10).

(71) Y en lugar de enfrentarlo [el sistema de partidos], planteamos la idea políticamente correcta de abrir la oportunidad para que el ciudadano, como un espontáneo en una corrida de toros, se lance al ruedo a dar unos lances con el capote («El ciudadano de la discordia», *El País* 02/02/10).

(72) [Andreï Makine.] No hay tiempo para escribir malos libros, para no ser amados, para tomar decisiones pequeñito-burguesas y no grandes decisiones, hay muy poco tiempo para ser políticamente correcto. [...] Lo políticamente correcto es mortífero. Antes, ser inmigrante era

una oportunidad. Ahora, una desgracia («No hay tiempo para escribir libros malos», *El País* 19/06/10).

(73) Terminada *Seinfeld*, puso en marcha un concepto aún más delirante. Recrear sus conflictos particulares en un Los Ángeles marcado por lo políticamente correcto, la amabilidad amenazante y las relaciones interesadas («Entusiasmo», *El País* 03/09/10).

(74) Casi todos son negros, pero también hay blancos. «La enseñanza que han aprendido de la Stax es que tienen que aprender juntos y ayudarse mutuamente», explica Tim. El mensaje es tan políticamente correcto que despierta escepticismo («Carta de amor a la Stax», *El País* 11/08/10).

(75) [en relación a la poligamia de un hombre en Francia]: «He decidido no ceder a lo políticamente correcto que, como siempre en nuestra historia, prefiere no decir nada, no hacer nada, no pensar nada para no hacer», manifestó ayer Hortefeux («Prohibida la poligamia (pero está aquí)», *El País* 28/04/10).

(76) [...] discutía [...] sobre si es de verdad el pelicolón de acción que necesitaba Irak o si se trata de otro hype políticamente correcto («En el nombre de Irak con Bigelow», *El País* 30/01/10).

(77) Los enemigos de lo políticamente correcto siempre hablan escandalizados del juicio a O. J. Simpson, un presunto asesino que se libró gracias a que sus abogados supieron pulsar la cuerda del racismo policial («Trampas para periodistas», *El País* 12/04/10).

(78) Este pensamiento trágico que reivindica el pluralismo valorativo, tan opuesto al relativismo de los fundamentalismos monoteístas como al universalismo de los derechos humanos políticamente correctos, es quizá la mejor guía ética y cognoscitiva para orientarnos en este mundo cada vez más promiscuo, heterogéneo e interconectado («El teórico del pluralismo radical», *El País* 02/01/10).

En numerosos artículos, el término designa un discurso sensible para con minorías (79) sin revelar nada sobre la verdadera interioridad del hablante (80), lo que hace que las «disculpas políticamente correctas» aparezcan como poco convincentes (81). A menudo se asume que el lenguaje público políticamente correcto contrasta con opiniones privadas contrarias (82, cf. también supra en 15 «ante el micrófono»). Es entonces un antónimo de verdad (83), pura mentira (cf. supra 36). Lo «políticamente correcto» es equiparado con lo «históricamente falso» (84), el «discurso [...] políticamente correcto» contrastado con el «discurso de los expertos» (cf. supra 25), «lo que [se] piens[a]» con «lo que no molesta» (cf. supra 58).

(79) El antiprogre tiene una especial fijación con lo políticamente incorrecto. [...] Si los políticamente correctos pretenden salvar almas a través del lenguaje, el deslenguado antiprogre hace lo mismo pero al revés: quiere condenarlas («Incorrectos», *El País* 09/08/10).

(80) He dicho siempre que una de las más graves estupideces en que incurren el lenguaje políticamente correcto y la pretensión de que todo el mundo lo use, es que eso nos privaría de una fuente de información valiosísima acerca de las personas con las que tratamos, a las que leemos, a las que vemos «debatir» y a las que escuchamos. Si todas hablaran igual de modosamente, no sabríamos a qué atenernos, ni estaríamos prevenidos contra quienes son despreciables o malsanos, racistas o en verdad machistas, farsantes o traicioneros o simplemente gañanes, sean o no «mediáticos» («Ventajas de la zafiedad reinante», *El País* 05/12/10).

(81) Los principales dirigentes respondían ayer con cara de circunstancias o disculpas políticamente correctas y de tono oficial: «Qué le vamos a hacer si ha tenido cosas más importantes que atender» («La falta de Zapatero deslució a López la Fiesta de la Rosa de su primer año», *El País* 10/05/10).

(82) Sin duda alguna, las revelaciones sobre el doble lenguaje que utilizan nuestras autoridades (políticamente correcto en público, cínicamente maquiavélico en privado) no hará más que redundar en el descrédito de la democracia, agravando la desconfianza de los ciudadanos hacia la clase política («La crisis de la democracia», *El País* 25/12/10).

(83) ¿Tengo que contestar la verdad o lo que es políticamente correcto? («Abuelos, cantantes y empresas», *El País* 25/11/10).

(84) [...] ha decidido asumir todos los mitos políticamente correctos e históricamente falsos («Suplicio, el nuestro», *El País* 05/04/10).

Las personas que dicen lo que piensan son frecuentemente señaladas como políticamente incorrectas: un taxista (85), un director de cine (86). Convencido de que la hipocresía de la sociedad actual pueda ser revelada solamente a través de un lenguaje políticamente incorrecto, se alaba un «lenguaje directo, llano» (87) y «contundente» (88).

(85) [...] el papel principal: el de un taxista que no tiene reparos en decir lo que piensa, y lo que piensa no es, precisamente, lo que se dice políticamente correcto («Community, una pinturita», *El País* 10/05/10).

(86) [Ken Loach], de 74 años y militante trotskista, sigue confiando en la revolución social, «aunque parezca un cliché», y cuando se le hace la

inevitable pregunta sobre qué opina de Obama, deja al lado lo políticamente correcto: «Tiene una cara y un color diferente de Bush, pero, como ya sabíamos, defiende los intereses del capital, si bien de forma más sofisticada» («Por el cine a la revolución social», *El País* 04/12/10).

(87) Si algo molesta de Esperanza Aguirre a sus adversarios políticos [...], es su lenguaje directo, llano y alejado de lo políticamente correcto («Nos alcanza el frío. Polar», *El País* 24/11/10).

(88) [...] en la [sociedad actual, Arturo Pérez-Reverte] aprecia con demasiada frecuencia signos de mediocridad, de hipocresía, de corrupción, de barbarie. Denunciar esos aspectos [...] lo ha hecho sin tapujos, con un lenguaje contundente, burlándose de lo políticamente correcto («Con ánimo de ofender», *El País* 02/12/10).

En el contexto ideológico-partidista, el concepto de la corrección política se utiliza generalmente como un reproche de la derecha contra la izquierda o sus ideas (89). Un diputado disidente de la izquierda estigmatiza como políticamente correcto también la «reducción de salarios de los diputados» impuesta por la derecha (90). A menudo son criticadas las subvenciones (91), el igualitarismo al estilo «café para todos» (92), «papeles para todos» (93), que «paguen primero los demás» (94), pero el término puede referirse también a la defensa de la minoría palestina (95) y ser usado abusivamente para amordazar al adversario político (96).

(89) Estamos de nuevo ante una campaña inquisitorial de la izquierda, que recurre a lo políticamente correcto para demoler a las personas que no comulgan con sus estereotipos («Más asusta Merkel», *El País* 29/10/10).

(90) «Esto es falaz, pero estamos en una situación donde prima lo políticamente correcto», señaló [el diputado]. «Si estoy en contra de que se baje el sueldo a los funcionarios, ¿por qué voy a estar a favor de que me rebajen el sueldo a mí?» «¿O es que no me gano lo que me pagan?», agregó. En este contexto, el portavoz socialista, Rafael Rubio, aseguró que su grupo aceptaba la reducción («Rus cree que bajar los sueldos a los políticos les da imagen de vividores», *El País* 17/06/10).

(91) [...] cultura de subvención que está hondamente arraigada en nuestra sociedad y que lleva a algunos espabilados a derrochar los dineros de todos en nombre de causas políticamente correctas («Medias verdades», *El País* 30/10/10).

(92) La mayoría de los servicios públicos siguen prestándose con la vieja e injusta tendencia, aunque políticamente correcto, de «café para todos», es decir, todos se benefician por igual de la solidaridad y del

esfuerzo común, independientemente de su renta o patrimonio («Por un pacto de sanidad con contenido», *El País* 08/05/10).

(93) Arenas ha criticado al Gobierno por impulsar una política de «papeles para todos» y ha apostado por «terminar con lo políticamente correcto» («De la Vega califica de «oportunista» la propuesta de Rajoy sobre inmigración», *El País* 23/01/10).

(94) Para otros, el gradualismo es la fórmula políticamente correcta de exigir que los costes los paguen primero los demás («Europa: «shock» y chihuahuas», *El País* 16/05/10).

(95) Netanyahu afirmó el jueves que la idea de que los palestinos querían la paz e Israel la demoraba era «un error políticamente correcto» («Estado palestino, año cero», *El País* 26/12/10).

(96) Con el agravante en este caso de que a aquellos que osamos elevar la voz en su defensa enseguida se nos tapa la boca acusándonos de ceder ante lo políticamente correcto, como si lo normal, lo correcto de verdad, fuera tener que pensar en la línea de lo dominante («Vuelve el hombre», *El País* 29/10/10).

Al mismo tiempo, medidas políticamente correctas son despectivamente descartadas como «memeces» (97). Se habla de un escritor «que cae en las simplezas de lo políticamente correcto» (98), de lo políticamente correcto «ridículamente respetado por sus adictos» (99) y de un «estigma de lo políticamente correcto» (100).

(97) [...] si no anduviéramos con paños calientes y con memeces políticamente correctas, probablemente otro gallo nos cantaría («La Ley del Talió», *El País* 03/06/10).

(98) A veces, Garry Disher cae en las simplezas de lo políticamente correcto. Es decir, los sospechosos suelen tener ideologías neocon o directamente son ex militares, pilares de la sociedad, racistas o maltratadotes. Por el contrario, los buenos tienden a ser progresistas, policías conciencizados, trabajadores sociales o periodistas de investigación. Personalmente, espero de la (mejor) novela negra que sepa matizar los grises y que evite señalar prematuramente a los malos con el dedo («Orgías discretas en la Península», *El País* 29/09/10).

(99) También los herederos españoles de «sin complejos» se sienten como muy revolucionarios y valientes al enfrentarse con «lo políticamente correcto», por lo demás tan ridículamente respetado por sus adictos. Paladín de los dichos herederos fue doña Esperanza Aguirre, ya en 1997: «La verborrea *políticamente correcta* es el germen de la tiranía de quienes no creen en la libertad de pensamiento». A su vez, los católicos del semanario episcopal *Alfa y Omega* se despachan por

víctimas de semejante tiranía, al reiterar como cosa muy arriesgada y desafiante su voluntad de ser «políticamente incorrectos» («Pecios. No, si yo ya me iba», *El País* 28/03/10).

(100) [...] han aprovechado para recordar estereotipos racistas (además de los sexistas y clasistas) en las ficciones de la autora [Enid Blyton], como que los malos suelen ser extranjeros [...]. Hace tiempo que el estigma de lo políticamente correcto persigue a la escritora y se han denunciado casos de retirada de sus obras de algunas bibliotecas («Enyd [sic] Blyton no apta para niños», *El País* 10/01/10).

Políticamente incorrecto no sería solamente la acción en las novelas de Enid Blyton (100), sino también la de muchos clásicos como la de la ópera *Carmen* (101). Vargas Llosa llega a decir: «Toda la literatura del pasado es incorrecta políticamente» (102). La clasificación de una obra cinematográfica o literaria como políticamente correcta funciona generalmente como crítica negativa (cf. supra 69, 76, 98). De manera positiva se valora consecuentemente la incorrección política de una obra de arte (103 y supra 8, 21, 38–41, 56, 66, 72, 88, infra 109), así como la adhesión a los cuentos de hadas tradicionales (104), el rechazo de cómics políticamente correctos (105), y la no-revisión de la literatura políticamente incorrecta (106, 107).

(101) [*Carmen*] no es en efecto una ópera políticamente correcta, ni falta que hace («Una ópera inagotable», *El País* 23/06/10).

(102) [Mario Vargas Llosa.] «Toda la literatura del pasado es incorrecta políticamente» [...] [Arturo Pérez-Reverte.] «Una buena adaptación te lleva al clásico completo, pero tiene que ser una adaptación bien hecha y no marcada por lo políticamente correcto ni por los condicionamientos de moda» («Como dos niños con libro nuevo», *El País* 30/04/10).

(103) Decidido a no ser ni banal, ni previsible, ni políticamente correcto, sus artículos [los de Javier Marías] son piedras en el estanque del consenso y sus argumentos salpican a izquierda y derecha («Vivimos en una perpetua adolescencia social», *El País* 06/03/10).

(104) Aunque se muestra prudente, no deja de mostrarse sorprendida de que alguien considere la posibilidad de vetar cuentos de la narrativa tradicional. Piensa que forma parte de ciertos abusos en nombre de lo políticamente correcto. Está de acuerdo en que se busquen otras fórmulas, otros relatos que, en la literatura para los pequeños, otorguen a la mujer y a la niña otro papel más igualitario, pero sin renunciar nunca a los cuentos que ya existen («Los cuentos forman la mente del niño», *El País* 10/04/10).

(105) [...] lo importante es que la maravilla no se acaba en las dobles páginas de cómics de estos autodidactas ajenos a tendencias e

imposiciones del discurso políticamente correcto («Retazos de otras vidas en viñetas», *El País* 21/02/10).

(106) [...] lo políticamente correcto no derrota por ahora a la tradición y el cuento clásico sigue tan vigente como siempre. [...] Reinventar los clásicos para ser políticamente correctos es como ponerle puertas al campo. Cada época genera sus propios relatos y corregirlos no tiene ningún sentido («El cuento de las hadas y los hados», *El País* 10/04/10).

(107) La supervisión de esta nueva edición ha sido muy leve [...]. Y, desde luego, sin ningún afán de revisar los textos para ajustarlos a lo políticamente correcto («Ficción a tiempo completo», *El País* 29/05/10).

Una actitud particularmente negativa y crítica frente a la corrección política se articula en enunciados que claramente hablan de «presión» (108), «tiranía» (cf. supra 99), y «dictadura» (109). Se critica que no se pueda cuestionar la corrección política (110, cf. supra 96) y que los defensores del movimiento vigilan a los otros como policías (cf. supra 67). La corrección política produciría una «visión sesgada» sobre determinados temas (111) e incluso sería algo «mortífero» (cf. supra 72). Una y otra vez aparece la alegación sobre la restricción de la libertad de expresión. La corrección política sería «autocensura» (cf. supra 22) y está asociada a un «pensamiento único» (112, 113).

(108) [...] en el Este europeo no existe tanta presión como en Europa occidental para ser políticamente correctos, por lo que un búlgaro suelen [sic] decir más abiertamente lo que realmente piensa que un danés («Antisistema, nacionalistas y desconfiados», *El País* 10/04/10).

(109) «Lo políticamente correcto es una dictadura que domina la literatura española [...]», relata De Barnola («Clásicos en la batidora», *El País* 20/03/10).

(110) [México] cuando se aborda el tema, es importante tener claro que uno se enfrenta a un discurso de lo «políticamente correcto». Cuestionar la idea de la candidatura ciudadana se vuelve algo «impropio». Se coloca uno junto a los adversarios más viles de la democracia, en el conservadurismo y de pronto es uno visto como freno al avance de la democracia («El ciudadano de la discordia», *El País* 02/02/10).

(111) El 20% [de los espectadores británicos] asegura que la BBC es más cuidadosa con ciertos temas y muy (a veces demasiado) políticamente correcta. No obstante, un sector critica su visión sesgada respecto al terrorismo, la guerra de Irak o el cambio climático («TVE quiere parecerse a la BBC», *El País* 10/11/10).

(112) [...] ir a contracorriente de lo políticamente correcto y el dichoso «pensamiento único» («Impertinentes por pertinentes», *El País* 27/09/10).

(113) [...] contra aquellos que han asumido el pensamiento único, en un pacto con lo políticamente correcto («Celaá [sic] exige aclaraciones a Munilla por tildar de «fracaso» la educación», *El País* 02/08/10).

5 Conclusiones

5.1 Resumen

El término *politically correct* fue empleado en su país de origen, por un lado, de manera neutra para señalar ideas que se correspondían con los movimientos norteamericanos para los derechos civiles (*Civil Rights Movements*). Por el otro, fue utilizado tanto por la izquierda, con un matiz irónico-sarcástico, para criticar la rígida defensa de sus propios ideales, como por la derecha para estigmatizar las ideas renovadoras. Una vez relacionado con el debate público sobre la conveniencia de las reformas universitarias para minimizar la discriminación, su implementación se extendió en muchas áreas similares. Pasó a formar parte del vocabulario cotidiano, y en este sentido relativamente vago fue llevado a Europa.

Después de los primeros empleos casuales de la conexión lexemática en el área anglohablante, a lo largo del siglo XX se generó un proceso de lexicalización, que confirió a la frase adjetivada un significado de base independiente del contexto. Esta idiomatización llevó a reflexionar sobre la inclusión en los diccionarios, que parcialmente se ha realizado también en la lexicografía castellana. Las tres entradas de los diccionarios analizados presentan en sus ejemplos lenguaje políticamente correcto, dos de ellos mencionan además casos de actitudes políticamente correctas. Predominan género y raza como temas de los ejemplos, pero en las definiciones se tiene en cuenta un más amplio alcance del fenómeno. Un diccionario indica la tutela de «todos los grupos humanos», otro «ideas afines de las corrientes renovadoras», y el tercero «normas socialmente aceptadas». Los tres ámbitos tienen evidentemente puntos en común, pero definitivamente no coinciden.

El análisis del empleo en el diario *El País* del año 2010 muestra que no solamente todos los significados indicados por los diccionarios tienen su justificación, sino que el contenido del concepto va aún más allá. Se confirma como uno de los ámbitos principales la protección de las minorías, es decir la preocupación, real o supuesta, acerca de los grupos que se ven

desfavorecidos debido a su raza o género, como también por sus preferencias sexuales, su orientación religiosa o su débil posición social. A este eje temático central se suman, no obstante, otros aspectos como la tutela del medio ambiente, el pacifismo o el buenismo. El criterio de lo políticamente correcto aparece en contextos muy variados para influenciar o valorar acciones y comportamientos. Se refiere, entre otros, a la información periodística, a proyectos de construcción, a la compra de equipos de deporte, al uso del teléfono móvil por parte del conductor de un autobús escolar, o –recurrente tema español– al trato «más humano» de los toros.

Raramente se aborda el aspecto lingüístico del fenómeno y, cuando se lo tematiza, ocurre solamente de pasada. Se mencionan un «lenguaje que da visibilidad y homologa públicamente a las minorías», un «lenguaje institucional» que utiliza, entre otros, *ciudadanos y ciudadanas*, y denomina el desmayo como *síncope vasovagal*. Se explica que «los políticamente correctos pretenden salvar animas a través del lenguaje», se elogia «linguaxe políticamente correcta» y se lamenta «[h]ombres borrados del lenguaje a través de lo políticamente correcto».

En lugar de relacionarse con tales formas de manifestación lingüística del fenómeno, el término se refiere generalmente a actitudes menos concretas. El análisis de la valoración manifiesta muy claramente que predominan las posiciones negativas. Se habla de una «tiranía», «represión» y «dictadura» de lo políticamente correcto, que iría acompañado de un «pensamiento único». Se lo comenta como una actitud impuesta forzosamente y solo supuestamente salvadora, que se mostraría en detrimento del pluralismo y del consenso democrático. Los debates del concepto llevan, entre otras cosas, a disputas partidistas, a discusiones sobre la re-escritura políticamente correcta de clásicos literarios y de la tradición narrativa oral. Observamos una tendencia al distanciamiento crítico del comportamiento y pensamiento políticamente correcto, que fácilmente superaría el límite de la mentira. Al lado de la evaluación negativa de lo políticamente correcto, las citas solo ocasionalmente atestiguan una clasificación positiva, «un avance da civilización». Más que los éxitos, se destacan los excesos del movimiento, y a menudo se elogia exactamente aquello que atenta contra lo políticamente correcto. No ser políticamente correcto, es un objetivo que vale la pena, puesto que un comportamiento políticamente correcto sería poco realista, poco productivo y, en la mayoría de los casos, pura mentira. Algunas de las citas ya testimonian una interiorización de la nueva manera de pensar, que no sólo incluye los derechos humanos como un ejemplo de lo

políticamente correcto, sino que también evalúa su cumplimiento o incumplimiento.

5.2 Entradas lexicográficas y empleo periodístico en comparación

Luego de haber descamado el camaleón paso a paso, lo que queda son numerosos elementos individuales, que en parte se contradicen a si mismos: políticamente correcto sería, por un lado, un comportamiento no provocante y tibio, y, por el otro, se habla de tiranía y dictadura. *Políticamente correcto* puede hacer referencia, por un lado, a cualquier comportamiento mayoritariamente aceptado, a una norma de orientación válida en un determinado contexto social, sociolingüístico o legal, y, por otro lado, solo a los valores de la izquierda política, que son cuestionados con vehemencia. Los usos analizados revelan que la expresión permanece un camaleón utilizable y consecuentemente descamable/equívoca y ambigua en muchos aspectos, sin poder discernir/sin que se pueda discernir un núcleo semántico uniforme.

Si comparamos este resultado con el contenido de las entradas lexicográficas, no hay duda de que la claridad del uso que ellas sugieren no existe. Además, es llamativo que los aspectos enumerados por los diccionarios representan asuntos centrales emergidos en la historia del término, que no resultan suficientes para explicar el empleo actual: las definiciones enfocan la tutela de las minorías y el lenguaje políticamente correcto, pero no tienen en cuenta el aspecto de la afiliación con la ortodoxia política o cultural, definida como fuere, pasan por alto del valor peyorativo e irónico de la expresión, y descuidan completamente su empleo polémico actualmente dominante.

5.3 Contextualización y perspectiva

Lo políticamente correcto resulta, en su origen y bajo una óptica benévola, como un tema de la discusión sobre la buena conducta que desde el Renacimiento está dominada por la consideración hacia el otro. En cierto modo, también puede interpretarse como continuación de la Ilustración, que reflexionaba sobre la desigualdad entre los hombres y provocó la Revolución Francesa con su lema de «libertad, igualdad, fraternidad», así como la declaración de los derechos humanos. A despecho de este afán a la igualdad, fomentada también por el cristianismo, la equiparación social sigue siendo aún hoy un tema de debate constante, justificando así reivindicaciones «políticamente correctas». A pesar de las afinidades de

lo políticamente correcto con la tradición del comportamiento respetuoso e igualitario, se encuentran también tendencias contrarias entre lo políticamente correcto, los libros de buena educación y la Ilustración. El movimiento se ha desarrollado parcialmente tan lejos de estos valores que casi termina contradiciéndose. El uso actual incluye como criterio de lo políticamente correcto el comportamiento generalmente aceptado, pero también muestra opiniones y argumentaciones sobre los pros y los contras, que están más allá de cualquier consideración ética. Son ellas las más interesantes para una comparación diacrónica e intercultural que queda para el futuro.

6 Bibliografía

- ALLEN, Irving Lewig (1995): «Earlier Uses of Politically (In)correct». In: *American Speech* 70, 110ss.
- ALONSO BARAHONA, Fernando (1998): *Políticamente incorrecto. Ensayo de pensamiento para el final del milenio*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- AUFDERHEIDE, Patricia (ed.) (1992): *Beyond PC. Towards a Politics of Understanding*. St. Paul: Graywolf.
- BERMAN, Paul (ed.) (1992): *Debating PC. The Controversy over Political Correctness on College Campuses*. New York: Laurel.
- BETHELL, Tom (2006): *Guía políticamente incorrecta de la ciencia*. Madrid: Ciudadela.
- CADE, Toni (1970): «On the Issue of Roles». In: CADE, Toni (ed.): *The Black Woman*, New York: New American Library.
- CAMERON, Deborah (1994): «Words, Words, Words: The Power of Language». In: DUNANT (ed.), 15–34.
- CAMERON, Deborah (1995): *Verbal Hygiene*. London/New York: Routledge.
- CARVAJAL ROCHE, Fanny (2004): *Políticamente incorrecto*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro José (2008): «Tabú y lenguaje: las palabras vitandadas y la censura lingüística». In: *Thémata. Revista de filosofía* 40, 31–46.
- D'SOUZA, Dinesh (1991): *Illiberal Education: The Politics of Race and Sex on Campus*. New York: Free Press.
- DUEA: MALDONADO GONZÁLEZ, Concepción (2006): *Diccionario de Uso del Español Actual*. Madrid: Ediciones SM.
- DUEAE: LAHUERTA GALÁN, Javier/ACEBO GARCÍA, Sofía (2009): *Diccionario de Uso del Español de América y España*. Barcelona: Vox.
- DUNANT, Sarah (ed.) (1994): *The War of Words*. London: Virago.

- ERDL, Marc Fabian (2003): *Die Legende von der politischen Korrektheit. Zur Erfolgsgeschichte eines importierten Mythos*. Bielefeld: Transkript.
- FELDSTEIN, Richard (1997): *Political Correctness. A Response From the Cultural Left*. Minneapolis/London: University of Minnesota Press.
- GALIÑANES GALLÉN Marta (2009): «El español y lo políticamente correcto». In: *Annali della Facoltà di Lingue e Letterature Straniere (Università degli Studi di Sassari)* 5/2005, 125–132. www.uniss.it/lingue/annali_file/vol_5/0014%20-%20Galinanes%20Gallen%20Marta.pdf; 30/08/11.
- GARNER, James Finn (1995): *Cuentos infantiles políticamente correctos*. Barcelona: Circe.
- GARNER, James Finn (1996): *Más cuentos infantiles políticamente correctos*. Barcelona: Circe.
- GDUEA: SÁNCHEZ, Aquilino (2001): *Gran Diccionario de Uso del Español Actual*. Madrid: SGEL.
- GERMANN, Sibylle (2007): *Vom Greis zum Senior. Bezeichnungs- und Bedeutungswandel vor dem Hintergrund der «Political Correctness»*. Hildesheim et al.: Olms.
- GREIL, Tanja (1998): *Political Correctness und die englische Sprache. Studien zu (nicht-)diskriminierendem Sprachgebrauch unter besonderer Berücksichtigung des Social Labeling*. Hamburg: Kovač.
- GRIJELMO, Álex (2006): *Defensa apasionada del idioma español*. Madrid: punto de lectura.
- GUITART ESCUDERO, M. Pilar (2005): *Lenguaje político y lenguaje políticamente correcto en España* (con especial atención al discurso parlamentario). Valencia: Servei de Publicacions de la Universitat de València.
- HÖLSCHER, Lucian (ed.) (2008): *Political Correctness. Der sprachpolitische Streit um die nationalsozialistischen Verbrechen*. Göttingen: Wallstein.
- HORNER, Christopher (2007): *Guía políticamente incorrecta del calentamiento global*. Madrid: Ciudadela.
- HUGHES, Robert (1993): *Culture of Complaint. The Fraying of America*. New York/Oxford: University Pres.
- HUGHES, Robert (1994): *La cultura de la queja*. Barcelona: Anagrama.
- LÁZARO Carreter, Fernando (2002): «Con algún género de dudas». In: LÁZARO CARRETER, Fernando (ed.) (2003): *El nuevo dardo en la palabra*. Madrid: Aguilar, 193–196.
- LÓPEZ SCHLICHTING, Cristina (2005): *Políticamente incorrecta*. Madrid: temas de hoy.
- MARTÍN RUANO, Maria Rosario (2001): *Traducción y corrección política: Interrelaciones teóricas, reescrituras ideológicas, trasvases interculturales*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MARTÍNEZ MÁRQUEZ, José Ramón (1997): *Políticamente correcto. O cómo decir las cosas sin llamarlas por su nombre*. Madrid: temas de hoy.

- MATE, Reyes (2006): *Contra lo políticamente correcto: política, memoria, justicia*. Buenos Aires: Altamira.
- MAYER, Caroline (2002): *Öffentlicher Sprachgebrauch und Political Correctness. Eine Analyse sprachreflexiver Argumente im politischen Wortstreit*. Hamburg: Kováč.
- PERRY, Ruth (1992): «A Short History of the Term Politically Correct». In: AUFDERHEIDE (ed.), 71–79.
- REES, Nigel ([1993] 1994): *The Politically Correct Phrasebook. What they say you can say and cannot say in the 1990s*. London: Bloomsbury.
- REUTNER, Ursula (2005): *Sprache und Identität einer postkolonialen Gesellschaft im Zeitalter der Globalisierung. Eine Studie zu den französischen Antillen Guadeloupe und Martinique*. Hamburg: Buske.
- REUTNER, Ursula (2009a): «Englisch und Französisch in Quebec: Duell oder Duett?». In: REUTNER, Ursula (ed.): *400 Jahre Quebec. Kulturkontakte zwischen Konfrontation und Kooperation*. Heidelberg: Winter, 157–184.
- REUTNER, Ursula (2009b): «Rendez donc à César ce qui est à César? Remarques comparatives sur l'autoperception linguistique belge et québécoise». In: BAGOLA, Beatrice/NIEDEREHE, Hans-Josef (eds.): *Français du Canada, français de France VIII. Actes du huitième Colloque international de Trèves du 12 au 15 avril 2007*. Tübingen: Niemeyer, 81–100.
- REUTNER, Ursula (2009c): *Sprache und Tabu. Interpretationen zu französischen und italienischen Euphemismen*. Tübingen: Niemeyer.
- REUTNER, Ursula (2011): «El eufemismo como fenómeno cultural y lexicográfico». In: *Lingüística española actual* 33/1, 55–74.
- RICHER, Stephen (ed.): *Beyond Political Correctness: Toward the Inclusive University*. Toronto: University of Toronto Press.
- RODRÍGUEZ ESTRADA, Mauro (1990): *Creatividad lingüística. Diccionario de eufemismos*. México: Botas.
- SCHENZ, Viola (1994): *Political Correctness. Eine Bewegung erobert Amerika*. Frankfurt am Main et al.: Peter Lang.
- STEINER, Wilfried (1996): *Zensur oder freiwillige Selbstkontrolle? Vom Tabubruch zur politischen Korrektheit*. Hamburg: KVV.
- VILALLONGA, José Luis de (2006): *Políticamente incorrecto*. Barcelona: Ediciones B.
- WEIR, Lorna (1995): «PC Then and Now: Resignifying. Political Correctness». In: RICHER (ed.), 51–87.